

una razonable mesa, y hasta trece personas que nos aguardaban. Es interesante el pintarte el caracter, y manera de ellas: por decontado, quatro damas á quienes tributé adoraciones de deidades, y no miré al pronto por el sumo respeto que me infundió el primer golpe de vista. Reloxes, cadenas, plumas, gasas, diamantes, todo formaba una perspectiva que creí que la cortedad no me permitiría pasar bocado, si habia de ser su comensal. Los nueve cavallos que las escoltaban, llevaban cruces, vestidos, y alaxas, que no cedian al lujo de las que imaginé Emperatrices; y eteme aquí introducido en una Academia de jentes, que si las miraba me rendian, y si las oia hablar me embelesaban.

Nuestro paisano, instruidisimo, ó segun mi concepto, xefe de la mutua marcialidad que en ellos reynaba, no hizo ademan alguno en favor de que explayase mi encogimiento, y desde luego supuse, que estaba destinado á nadar en aquel nuevo oceano, sin otra bruxula que la que mi ingenio me dictase.

Al cabo de muy poco rato, se presentaron los sirvientes de la Fonda con el aparato de diversas sopas, y á su vista, se desunieron los corrillos, de los que yo era supernumerario. Habrá sin duda un ritual que regirá en estos casos, pues uno que se alzó con el empleo, á mi parecer, de maestro de ceremonias, nos colocó á todos. Hipolito se llegó á mi, y sin mirarme, pero en tono bajo, me advirtió el despojo del espadin, porque hasta entonces yo estaba como un Cid. Me desembarazé de él prontamente, y persuadí que aquel mueble seria indecente para acto tan sério. Ocupé el asiento que me destinaron, y hallé que á mi izquierda, se alojaba una de las quatro Princesas autoras de mi turbacion. Infiere quanto se aumentaria ésta, y mas, quando el xefe de ce-

re-